

# CASINO

*Amor y honor el Las Vegas*

**Nicholas Pileggi**

QUATERNI

Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa por acuerdo con  
Nicholas Pileggi c/o Sterling Lord Literistic  
CASINO, Love and Honor in Las Vegas  
Copyright © 1995  
All rights reserved

Copyright © 2011 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo  
Traducción José García Fuentes, basada en la realizada anteriormente por un  
traductor al que la editorial no ha localizado pero reconoce sus derechos.

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

**CASINO.** Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937770-7-4

EAN: 9788493777074

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: [info@quaterni.es](mailto:info@quaterni.es)

Internet: [www.quaterni.es](http://www.quaterni.es)

Editor: Alberto Ramírez

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya

Imágenes © Shutterstock

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Eujoa, S.A.

Depósito Legal: AS-004/2012

Impreso en España

16 15 14 13 12 11 10 (01)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

# Introducción

*«¿Por qué se me ha incendiado el coche?»*

Frank Rosenthal cuenta:

»Acababa de cenar y me había metido en el coche. No recuerdo si puse el motor en marcha, pero lo siguiente que vi fueron aquellas pequeñas llamas. Apenas medían unos cinco o seis centímetros. Procedían de la salida de aire caliente. No había oído ningún ruido. Tan solo vi las llamas reflejadas en el parabrisas. Recuerdo que me pregunté: «¿Por qué se me ha incendiado el coche?», y luego las llamas fueron haciéndose más grandes.

»Debió de producirse un impacto lo suficientemente fuerte como para arrojarme contra el volante, puesto que me golpeé las costillas, pero no lo recuerdo. Pensé que debía tener algún problema mecánico el coche.

»No me dominó el pánico. Sabía que tenía que salir del coche. Alejarme de las llamas. Llamar al garaje. Intenté alcanzar el tirador de la puerta. Casi me quemó el brazo. Las llamas se alzaban entre el asiento y la puerta. Comprendí que o salía del coche o no volvería a ver a mis hijos. Decidí utilizar la mano derecha para agarrar el tirador y al mismo tiempo empujar la puerta con el hombro. Aquello funcionó.

»Caí al suelo. Todo a mi alrededor estaba ardiendo, incluso la ropa que llevaba. Me estaba quemando. Empecé a rodar por el asfalto hasta apagar las llamas.

»Dos hombres me ayudaron a incorporarme y me llevaron a unos veinte o treinta metros del coche. Dijeron que me tumbara pero yo no quería hacerlo. Iba repitiendo que estaba perfectamente. Ellos insistieron en que me echara al suelo, y cuando lo hice, pareció que había explotado la bomba atómica. Vi cómo mi coche se elevaba un par de metros del suelo, y seguidamente las llamas atravesaron el techo del vehículo, alcanzando la altura de un par de pisos.

»Entonces comprendí por primera vez que aquello no había sido un accidente. Alguien me había colocado una bomba en el coche.



Antes de que la explosión le destrozara totalmente el coche, delante del restaurante Marte Callender en la avenida East Sahara, el 4 de octubre de 1982, Frank «Lefty» Rosenthal, había sido una de las personas más poderosas y controvertidas de Las Vegas. Dirigía el complejo de casinos más importante de Nevada. Había adquirido su fama al haber llevado las apuestas deportivas a Las Vegas, un triunfo que le había convertido en un auténtico visionario en los anales de la historia local. Era un jugador de jugadores, el hombre que marcaba la diferencia, un perfeccionista que en otra época había asombrado a todo el personal de la cocina del hotel Stardust al insistir que todo bollito de arándanos debía contener como mínimo diez arándanos.

Sin embargo, Frank Rosenthal había pasado la mayor parte de su existencia evitando los problemas. Había empezado como contable y corredor de apuestas para los jugadores y mafiosos de Chicago antes de alcanzar la mayoría de edad. De hecho, antes de empezar a trabajar en los casinos en 1971, Lefty había tenido un solo trabajo legal: policía militar en Corea entre 1956 y 1958. En 1961, cuando, a los treinta y un años, compareció ante un comité del Congreso de Washington que investigaba la influencia de la delincuencia organizada sobre

el juego, recurrió treinta y siete veces a la Quinta Enmienda<sup>1</sup>. Ni siquiera les dijo si era zurdo, a pesar de que dicha particularidad le había proporcionado el mote. Unos años después, se negó a declarar ante la acusación de soborno a un jugador de baloncesto universitario en Carolina del Norte, sin admitir jamás su culpabilidad. En Florida se le prohibió el acceso a las pistas de las carreras de caballos y de galgos por haber supuestamente sobornado a la policía de Miami Beach. Y en 1969, junto a una docena de los corredores de apuestas más importantes a nivel nacional, fue procesado por el Departamento de Justicia por un caso de conspiración en el juego y la delincuencia organizada interestatal que se alargó unos cuantos años: hasta que el abogado de Lefty consiguió librarlo de la acusación porque el fiscal general, John Mitchell, no había firmado personalmente las órdenes para realizar escuchas telefónicas, tal como marcaba la ley. El día en que había que firmar las órdenes judiciales, Mitchell estaba en un partido de golf y había dado instrucciones a un ayudante para que falsificara su firma.

Frank Rosenthal llegó a Las Vegas en 1968 por la misma razón que muchos otros americanos: librarse de su pasado. Las Vegas era una ciudad sin memoria. Un lugar donde se acudía en busca de una segunda oportunidad. Era la ciudad americana a la que se llegaba después del divorcio, de la quiebra, incluso después de haber estado en la cárcel del condado.

Era asimismo la tierra donde uno podía hacerse rico, una especie de Lourdes rebotante de dinero donde los peregrinos podían empezar una nueva vida. Era el país de las maravillas, el único lugar en el país donde un tipo normal podía apuntar hacia el milagro. Existían riesgos. Evidentemente; pero para muchos de los que iban a vivir a Las Vegas y también para muchos de los que acudían allí de visita, los riesgos de Las Vegas eran mejores que las oportunidades en su lugar de procedencia.

Era un lugar mágico, la capital de neón del mundo. Durante los años setenta, el estigma de su historia mafiosa menguó, y no parecía

---

<sup>1</sup> La Quinta Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos de América exime al testigo de prestar declaración en un juicio. (N. del E.)

existir límite en cuanto a su potencial de crecimiento. Bugsy Siegel, al fin y al cabo, había muerto en 1947. Y ni siquiera lo mataron en Las Vegas. Le acribillaron a balazos en Beverly Hills.

Durante los setenta, Las Vegas experimentó un crecimiento tan inaudito que escapó al control, incluso a la influencia, de un puñado de hombres de curioso acento y anillos en el dedo meñique. Empezaron a interesarse por ella corporaciones importantes como Sheraton, Hilton y MGM, junto con empresas de inversión de Wall Street y el Drexel Burnham Lambert de Michael Milken<sup>1</sup>; las primeras inversiones habían empezado a convertir aquella ciudad situada en el extremo oriental del desierto de Mojave, inhóspita, yerma, azotada por el viento y de suelo salado, en la ciudad con el crecimiento más acelerado de Estados Unidos. Entre 1970 y 1980, en Las Vegas se duplicó el número de visitantes, alcanzando los 11.041.524, y la cantidad de dinero líquido que dejaron estos aumentó un 273,6%, llegando a los 4,7 billones de dólares. El centro de todo el crecimiento fue, evidentemente, el negocio de los casinos; hacia 1993, los visitantes habían dejado 15,1 billones de dólares en la ciudad.

Un casino es un palacio matemático creado para separar a los jugadores de su dinero. Cada apuesta hecha en un casino ha sido pensada para sacar el máximo provecho mientras sigue ofreciendo a los jugadores la ilusión de que tienen una oportunidad.

Los casinos implican dinero líquido. Desde las ranuras en las que se introducen cinco centavos hasta las superranuras progresivas de quinientos dólares, el dinero constituye la sangre que da vida a todas las cosas y personas de su interior. Los edificios no son más que una reiteración del dinero. Desde los ruidosos géisers de las monedas que ha de recoger el ganador en una bandejita metálica ahuecada hasta los timbres, las campanillas y luces que anuncian las ganancias al minuto, el dinero domina la sala. Las técnicas ordinarias de negocios de responsabilidad fiduciaria y la contabilidad de caja se desmoronan bajo las montañas de billetes y monedas que entran a diario en los casinos.

---

<sup>1</sup> Michael Milken (1946 - ), participó en el desarrollo del mercado de bonos de alto rendimiento (también llamados bonos basura) en Estados Unidos durante los años 70 y 80. A finales de los 90 fue acusado de crimen organizado, fraude de valores y abuso de información privilegiada. (N. del E.)

Probablemente no exista en el mundo otro tipo de negocio en que tantas personas entreguen diariamente tantos billetes con más seguridad que en un casino. Los crupiers tienen que dar una palmada bajo el Ojo Electrónico antes de abandonar la mesa para demostrar que no se llevan ninguna ficha. Los pequeños delantales que llevan sirven para cubrir los bolsillos, y para impedir que puedan llenárselos. Cuando el crupier cambia un billete de cien dólares en fichas, debe comunicarlo en voz alta al jefe de mesas, a fin de que este pueda ver cómo lo introduce en la estrecha ranura con una paleta metálica.

Por muy concurrida que esté una mesa de ruleta o de dados, las fichas han de apilarse uniformemente por colores para facilitar a los supervisores su casi continuo recuento, y los crupiers de blackjack tienen que aprender a ocultar la carta a quienes pudieran observar de reojo, a fin de que los jugadores que actúan en grupo puedan intercambiar señas y hagan saltar la banca. El supervisor con experiencia en la mesa de los dados jamás aparta la vista de estos, sobre todo cuando el borracho de turno de la mesa derrama su copa sobre el fieltro, deja caer las fichas al suelo y se balancea hacia su mujer. Es en estos desconcertantes momentos, cuando se pasan disimuladamente los dados trucados. La idea de hacer saltar la banca —por medio de una victoria milagrosa o, como alternativa, siguiendo métodos más fiables para hacer trampas— es la que atrae a todo el mundo a la ciudad. En Las Vegas vencer al casino por las buenas o por las malas se ha ido convirtiendo en una forma de arte.

Los robos en los casinos no tienen nada que ver con las trampas de los jugadores o la corrupción de los crupieres, y tampoco se suelen producir en los salones, sino que los más importantes se han producido a puerta cerrada en el sanctasanctórum, la zona del casino más delicada y segura, el lugar donde va a parar finalmente todo el efectivo, las sagradas dependencias de contabilidad del casino.

Se trata de una sala generalmente sin ventanas, con doble cerradura, un lugar de trabajo sin complementos, con unas sobrias sillas de administrativo, mesas de plástico de color claro y estantes y suelos de acero reforzado para aguantar las toneladas de monedas y los inmensos montones de billetes que hay que contar a diario, es en este lugar donde se vacían cientos de cajas metálicas con doble

cerradura y se clasifican sus billetes de 10, 20 y 100 dólares en fajos de 10.000 dólares, y, en los días de más movimiento, se apilan contra la pared en unas bolsas que llegan hasta el pecho de una persona.

En las dependencias donde se cuenta el dinero no hay desconocidos que puedan robarlo. El dinero desaparece a pesar de que haya cámaras grabando, de que los guardianes cacheen a todos los que entran y salen de allí, de que tengan acceso al lugar un número muy limitado de personas (las leyes estatales prohíben el acceso incluso a los propietarios del casino) y de que cada dólar que se cuenta de cada una de las cajas en cada turno vaya acompañado por la firma y las iniciales de como mínimo dos o tres contables y supervisores imparciales.

Los que trabajan en esta sala cumplen con su tarea con la mortecina mirada de quien se ha endurecido a partir de la experiencia diaria de verse inmerso en la visión, el olor y el tacto del dinero. A toneladas. A montones. Fajos de billetes y cajas de monedas tan pesados que hay que utilizar grúas hidráulicas para moverlos.

Pasa por las dependencias de contabilidad tal fortuna diaria en forma de billetes que casi en lugar de contarse se clasifica con distintas denominaciones y se pesa. Un millón de dólares en billetes de 100 pesa 10 kilos; un millón en billetes de 20, 45 kilos; y un millón en billetes de 5, 195 kilos.

Las monedas se introducen en una báscula electrónica especial fabricada por la Reliance Electric Company —el modelo preferido en la época en que Lefty dirigía el Stardust era el 8130— que las ordena y cuenta. Un millón de dólares en monedas de 25 centavos pesa veintiuna toneladas.

El sueño de casi todos los que un día se convierten en propietarios de casino, incluso de los que trabajan en él, consiste en imaginar exactamente cómo separar parte de las ganancias de la sala de contabilidad de las ganancias. A lo largo de los años, los métodos han pasado desde el propietario que dispone de las llaves de las cajas hasta los empleados que sacan puñados de dinero antes de que se haya contado el efectivo. Existen complicados métodos para falsificar los comprobantes y desequilibrar las balanzas a fin de que pesen únicamente una tercera parte del líquido que entra en la sala de contabilidad. Los sistemas de camuflaje de ganancias de los casinos son tan variados como el ingenio de los que los practican.



En 1974, tan solo seis años después de su llegada a Las Vegas, Frank Rosenthal había conseguido de la ciudad exactamente lo que había deseado: una nueva vida. Dirigía allí cuatro casinos. Se había casado con una atractiva excorista llamada Geri McGee y vivían, junto a sus dos hijos, en una casa valorada en un millón de dólares que daba al decimocuarto tee del campo de golf Las Vegas Country Club. Tenía piscina y ama de llaves. Guardaba en el armario del dormitorio más de doscientos pantalones de seda, algodón y lino hechos a medida—casi todos en tonos pastel—, confeccionados especialmente para él por sastres de Beverly Hills y Chicago. Era el hombre al que uno esperaba ver en el Stardust y su fama como director de casino innovador, que había alcanzado el éxito, pronto se extendió por todo Nevada. Llegó a formar parte de un grupo de élite de empresarios de casino, gestores de fondos de pensiones, banqueros de fondos de inversiones y políticos de Nevada empeñados en transformar Las Vegas, en alejarla de sus raíces vaqueras y mafiosas para convertirla finalmente en el parque temático de orientación familiar para adultos de 30 billones de dólares.

Tenía que funcionar a la perfección.

Pero diez años más tarde, se estaba investigando a Frank Rosenthal como el gánster de los casinos de la ciudad, como presunto cerebro de una operación de fraude multimillonaria. Se le había denegado una licencia de juego y actuaba de presentador en un programa de debate involuntariamente gracioso de noventa minutos, al que él con toda modestia había bautizado como El Show de Frank Rosenthal. Se sospechaba que trabajaba compinchado con su amigo de la infancia, Anthony Spilotro, «The Ant», de quien el FBI afirmaba que era el principal representante de la mafia de Chicago en la ciudad, un asesino a sueldo de quien se sospechaba que había cometido como mínimo una docena de homicidios. En el momento de la explosión del coche de Lefty, se acusaba a Spilotro, junto con otros ocho miembros de su banda, de extorsión, de préstamo con usura y de organizar una banda para el robo de una joyería de su propiedad en el Strip. Era además el principal sospechoso del intento de asesinato de Lefty,

porque contaba con un motivo para ello: tenía un asunto amoroso con la esposa de Lefty Rosenthal. En realidad tal vez no fuera un asunto amoroso —casi nada de lo que ocurría en Las Vegas tenía relación con el amor—, pero sí era un asunto, un asunto documentado por los agentes del FBI a quienes se había asignado el seguimiento de Spilotro y que finalmente ya era de dominio público.

El hecho de haber llegado a aquel punto en unos cuantos años era algo que no solo habría obsesionado a Lefty sino también a los capos de la mafia que lo habían colocado en la dirección de los casinos. En lugar de tranquilidad, Lefty les proporcionó el caos. En lugar de una senda segura hacia la nueva Las Vegas, Lefty y su colega Spilotro habían organizado tal alboroto, habían provocado tal investigación policial que los septuagenarios capos de la mafia de Chicago, Kansas y Milwaukee, lejos de jubilarse empollando los limpios huevos de los millones que habían desviado, tuvieron que enfrentarse con una cadena perpetua.

No tenía que haber acabado así. Tenía que haber sido tan agradable... Todo estaba en su sitio. Aquello era mejor que una apuesta. Era una jugada que no se podía perder. Y sin embargo, ocho años más tarde, todo saltó por los aires en el aparcamiento de la avenida East Sahara.

# Primera parte. Apostando a la línea de pase<sup>1</sup>



<sup>1</sup> En el juego de los dados, apostar a la línea de pase significa, simplificando, apostar lo mismo que el tirador. (N. del E.)



# 1

*«Mis colegas creyeron que yo era el mesías».*

Lefty Rosenthal no creía en la suerte. Creía en las probabilidades. En los números. En las posibilidades. En las matemáticas. En las fracciones de datos que había acumulado copiando las estadísticas de los equipos. Consideraba que los partidos estaban decididos de antemano y que se podía comprar a los árbitros. Conocía a algunos jugadores de baloncesto que practicaban durante muchas horas al día el arte del tiro al aro y a otros jugadores que apostaban durante el descanso del partido y conseguían un beneficio del diez por ciento del dinero apostado. Estaba seguro de que determinados atletas hacían el vago y otros jugaban lesionados. Creía en las rachas de victoria o derrota; creía en la media de puntos, en las apuestas sin límite y en los que dominaban hasta tal punto la mecánica de las cartas que podían repartir sin cortar el celofán de la baraja. En otras palabras, en lo referente al juego, Lefty creía en todo menos en la suerte. La suerte era el enemigo en potencia. La suerte era la tentadora, la que susurraba con aire seductor y le alejaba a uno de los datos. Lefty no tardó en aprender que si quería dominar la técnica y convertirse en un profesional, tenía que eliminar del proceso incluso la más remota posibilidad de casualidad.



Frank «Lefty» Rosenthal nació el 12 de junio de 1929, unos meses antes del crack de la bolsa. Creció en el West Side de Chicago, un barrio pintoresco, mafioso, donde los locales de los corredores de apuestas, los polis y cargos municipales corruptos y la boca cerrada constituían un sistema de vida. En palabras de Rosenthal:

»Mi padre era un mayorista de verduras. Un buen administrador. Se le daban bien los números. Listo. Próspero. Mi madre era ama de casa. Crecí leyendo las hojas de información sobre las carreras de caballos. Casi siempre las rompía. Sabía todo lo que se tenía que saber al respecto. Las leía en clase. Era un muchacho alto, delgado, tímido y bastante solitario, por lo que las carreras de caballos se convirtieron en un reto para mí.

»Mi padre poseía unos cuantos caballos, por eso yo estaba todo el tiempo en las pistas con él. Podría decirse que vivía allí. Era mozo de cuadra, me encargaba de la limpieza y de pasear a los caballos. Estaba allí a las cuatro y media de la mañana. Me convertí en parte de los establos. Empecé a frecuentar el ambiente cuando tenía trece o catorce años y era hijo de un propietario. Nadie me molestaba.

»En mi casa pusieron mala cara cuando empecé a meterme en las apuestas deportivas. Mi madre ya sabía que jugaba y no le gustaba, pero yo era muy cabezota. No escuchaba a nadie. Me gustaba consultar los marcadores, las clasificaciones anteriores, los jockeys, las posiciones en meta. Solía copiar todo el material en mis propias fichas en mi habitación, por la noche.

»Un día falté a la escuela para ir a las pistas. Me llevé a dos compañeros. Chicos listos. Nos quedamos ocho carreras y yo acerté siete ganadores. Mis colegas creyeron que yo era el mesías. Mi padre apartó la vista cuando me descubrió allí. No quería dirigirme la palabra. Le cabreaba que hubiera faltado a la escuela. No le dije nada cuando volví a casa. No hubo ninguna discusión. Tampoco dije nada sobre las ganancias. Al día siguiente volví a faltar a la escuela otra vez, regresé a las pistas y lo perdí todo.

»Pero donde realmente aprendí a apostar fue en las gradas de Wrigley Field y Comiskey Park. Allí había unos doscientos tipos en cada partido y apostaban por todo. Cada lanzamiento, cada swing.

Todo tenía un precio. Había tíos gritándote números. Era colosal. Era un casino al aire libre. Acción constante.

»Si tenías talento, algo de ego y conocías el juego, te sentías inducido a aceptar la apuesta. Habías metido dinero en el bolsillo y sentías que podías conquistar el mundo. Había un tipo llamado Stacy; tendría más de cincuenta años y llevaba el bolsillo lleno de billetes. Aceptaba apuestas de todo el mundo.

—Eh, chaval, ¿van a marcar en esta entrada o no?

»En vez de dejarlo pasar, ponías tu amor propio en ello, aceptabas la apuesta y pagabas el montante. Stacy siempre hacía que tú fijaras el montante.

»Pongamos por caso que Chicago gana por seis a dos en la octava y tú quieres apostar que marcarán de nuevo o que perderán en la novena. O bien que alcanzarán un doble juego al final de la entrada. Si quieres, con un home run ganarán el partido. Un doble, un triple o un fly. Lo que sea. Stacy quería acción y ofrecía posibilidades. Había dado la vuelta a una apuesta de veinticinco a una. ¡Pum! Así, sin más. Un fly, veinte a uno. Un «eliminado», ocho a cinco. Si buscabas acción, tú hacías la apuesta y él establecía sus probabilidades.

»Yo no lo supe al principio, pero cada una de las apuestas que aceptaba Stacy se basaba en unas probabilidades determinadas. Una eliminación por strikes al final del partido, por ejemplo... no recuerdo las probabilidades reales ahora, pero podía ser de ciento sesenta y seis a una, y no treinta a una... lo que Stacy estaba apostando.

»Un home run de cuatro bases en el primer golpe de un partido podía ser tres mil a una, no setenta y cinco a una. Y así sucesivamente; si estabas apostando con Stacy, tenías que saber estas probabilidades o te quedabas a dos velas.

»En cuanto lo entendí, solo me sentaba y escuchaba cómo establecía sus probabilidades, las apuntaba y confeccionaba una lista. Al cabo de poco, ya hacía proposiciones de apuestas por mi cuenta. Con los años, Stacy hizo una pequeña fortuna en las gradas. Sacó una buena tajada. Era fabuloso ver cómo tenía a todo el mundo a su alrededor esperando apostar. Era un gran showman.

»Por aquel entonces no tenías canales deportivos, revistas, periódicos y programas de radio especializados en apuestas deportivas.

Si te encontrabas en el Medio Oeste no te era fácil averiguar lo que estaba pasando con los equipos de la Costa Este y Oeste entre bastidores. Te enterabas del resultado final y esto era todo.

»Pero para apostar en serio necesitabas mucha más información. Así que yo empecé a leerlo todo. Mi padre me consiguió una radio de onda corta y recuerdo que pasaba horas escuchando las incidencias de los equipos de fuera en los que estaba pensando apostar. Me subscribí a diferentes periódicos de todo el país. Iba a un quiosco que tenía todos los periódicos de los equipos de fuera. Fue allí donde vi por primera vez a Hymie El As. Era un profesional célebre. Yo no digo que la gente sea célebre a no ser que lo sea. Hymie El As lo era. Lo encontraba allí en el mismo quiosco comprando montones de periódicos, igual que yo. Se metía en el coche y se ponía a leer. Yo también estaba allí, aunque no tenía coche. Tenía una bicicleta. Tiempo después nos conocimos. Él sabía lo que yo hacía.

»Hymie era unos diez o doce años mayor que yo. Cogí la costumbre de saludarlo siempre a él y a los demás profesionales, y me consideraba afortunado cuando ellos me dirigían la palabra. Continuaba siendo un niño, pero ellos veían que yo era serio y que tenía talento, por eso estaban dispuestos a ayudarme. Eran muy amables. Me admitieron en su círculo. Me pareció estupendo.

»Pero también iba afirmándome. Iba avanzando. Me sentía bien. Había en cartel un partido de baloncesto Northwestern-Michigan. Tenía gente en las dos universidades que me proporcionaba información y me sentía realmente fuerte. Me gustaba Northwestern.

»Bien, no quiero decir que me «gustara» Northwestern. En realidad era un hincha. Tenía su banderín en la habitación. Me refiero a que me gustaba como apuesta. Esto es lo que eran todos los equipos para mí. Apuestas. Había estado esperando este partido. Lo había seguido. Por ello aposté que Northwestern ganaría a Michigan State. El estadio se llenó. Entré y allí me encontré a Hymie El As. Hymie sabía más de baloncesto que nadie. Nos saludamos. Quedaban diez minutos para el saque de salida.

»Le dije que había apostado por Northwestern y le pregunté qué pensaba hacer él. Estaba tan seguro de mi información que había jugado lo que yo denominaba un triple: dos mil dólares. Era a lo

máximo que llegaban mis fondos. En aquella época, para mí, una apuesta simple eran doscientos dólares, una doble eran quinientos y una triple eran dos mil. Era solo un crío. Aquel era mi límite. Me refiero a la época en que mi capital se reducía a ocho mil dólares.

—¿Cómo? —dijo Hymie, sorprendido— ¿Por qué apuestas por Northwestern? ¿No te has enterado de lo de Johnny Green?

—¿Quién? —le pregunté.

—Johnny Green. ¿Qué pasa contigo?

»Johnny Green era un jugador de color al que no se había considerado apto durante toda la temporada. De repente, unos días antes del partido, se decidió que jugara. Y yo no me había enterado.

—Green va a coger todos los rebotes en el partido —dijo El As, y se me paró el corazón.

»Corrí a los teléfonos, pero había solo dos cabinas y veinticinco personas esperando en cada una. Trataba de deshacerme de alguna de mis apuestas. Equilibrar algo el movimiento. Estaba en la fila esperando para llamar por teléfono cuando oí al locutor y creí que me moría. No podía librarme de ellas.

»Volví y me senté. Vi a Green. Tal como dijo El As, controló los dos tableros. Al finalizar la primera parte ya había visto suficiente. Michigan aniquiló a Northwestern. El As había hecho sus deberes y yo no.

»El As sabía que Green iba a jugar y además sabía qué tipo de jugador era, único en el rebote, el elemento capaz de vencer a Northwestern. Green fue mejorando hasta convertirse en un profesional de élite.

»Había aprendido una valiosa lección. Descubrí que no era tan listo como pensaba. Había dependido demasiado de la gente. Les había otorgado el poder de que decidieran por mí. Me di cuenta de que si quería dedicar mi vida al juego, compitiendo con los mejores corredores de apuestas, no tenía que escuchar a la gente. Si iba a ganarme la vida haciendo esto, iba a tener que contar solo conmigo y hacerlo yo todo por mí mismo.

»Así que empecé con el baloncesto y el fútbol universitario. Para estos deportes, me suscribí a todos los periódicos universitarios y me lanzaba a las páginas deportivas cada día. Llamé a los cronistas de

las diferentes universidades y me inventé todo tipo de historias para conseguir informaciones que no venían en los periódicos.

»Al principio, no les decía por qué quería la información, pero muy pronto lo comprendieron; entonces encontré algunos chicos listos a los que pagaba regularmente. Cuando ganaba, les pasaba algunos dólares y al cabo de un tiempo tenía una gran red de gente que me mantenía informado sobre los deportes universitarios.

»Al hacerme mayor, ya iba a los partidos con un casete. Tenía ojeadores que trabajaban para mí. Mandaba a algunos tipos a observar detalles específicos. Les tenía vigilando únicamente a dos o tres jugadores. Todo lo demás me daba igual; ellos tenían que observar a quien yo les había encargado. Cogía sus notas. Después me iba volando a la siguiente ciudad donde jugaba el equipo y volvía a observarlos. Cotejaba los datos. El resultado final nunca es lo más importante cuando uno quiere ganar dinero en vez de perderlo. Yo sabía si un jugador tenía el tobillo lesionado y jugaba más lento. Sabía cuándo un quarterback estaba enfermo. Sabía si su novia se había quedado embarazada o lo había dejado por algún otro. Sabía si fumaba canutos o esnifaba coca. Sabía las lesiones que no figuraban en los periódicos. Las lesiones que los jugadores ocultaban a sus entrenadores.

»Con este tipo de información, no era difícil para mí saber cuándo los corredores de apuestas habían cometido un error en sus pronósticos. Era lógico. Se ocupaban de gran cantidad de deportes y de montones de partidos. Yo me concentraba en unos pocos. Sabía todo lo que se tenía que saber sobre un número limitado de partidos y aprendí una cosa muy importante: que no se tiene que apostar en todos. A veces solo puedes apostar en uno o dos de catorce o quince. Aprendí que a veces durante todo un fin de semana no había una sola apuesta que valiera la pena. Cuando aquello sucedía, no apostaba.

»Solía dejarme caer por una tienda de tabaco en Kinzie. George y Sam llevaban el negocio. De cara al público, vendían puros y material de este tipo. Pero en la trastienda había un telégrafo de la Western Union, teléfonos y un tablón de apuestas. En aquella época ellos tenían la información más actualizada. Durante la temporada de béisbol, la relación más definitiva de los lanzadores iniciales llegaba por el telégrafo algo antes del inicio del partido.

»George y Sam eran efectivamente grandes corredores de apuestas. Habían venido a Chicago desde Tanytown, Nueva York. Y habían conseguido el beneplácito de los poderes que operaban en el mercado. Estaban completamente a resguardo. Incluso tenían el visto bueno del capitán de la policía local para organizar partidas de póker, algo muy ilegal.

»Tenían un bar y servían bebidas y comida gratis. El telégrafo estaba siempre sonando. Era como un teletipo de la bolsa. Era difícil que un simple apostador pudiera tener máquinas de la Western Union. Estaban pensadas para los periódicos, pero si llenabas una solicitud dirigida a la compañía y conocías el manejo, podías conseguir una. En aquella época era tan estúpido que traté de conseguir una para mi casa y fracasé.

»George y Sam eran operadores independientes, pero tenían que pagar protección, de todas formas. Todas las casas de juegos de cartas y de corredores de apuestas pagaban en aquella época. Los corredores se cuidaban de los polis y estos se cuidaban de la organización. Y a veces la organización se cuidaba de los polis. En definitiva, todos acababan cuidando de todos, y todo el mundo sacaba dinero.

»Cuando tenía diecinueve años, conseguí un trabajo como contable en la sección de deportes de Bill Kaplan, Angel-Kaplan. Estaba bien. Estábamos en los teléfonos todo el día comunicando por nuestra línea con los corredores de apuestas y los jugadores. Todos los del país estaban conectados entre sí. Teníamos líneas especiales que nos habían instalado trabajadores jubilados de la compañía de teléfonos. Todos conocíamos cada voz y los nombres codificados, pero después de un tiempo llegabas a conocer el nombre real de todos.

»No era más que un crío y continuaba en Chicago, aunque estaba conectado con la mayor oficina de los Estados Unidos de la época, Gil Beckley, en Newport, Kentucky. Gil controlaba toda la ciudad de Newport. Los polis. Los políticos. Toda la maldita ciudad.

»Gil era la empresa más importante de Newport. Tenía a treinta contables trabajando para él. Controlaba la mayor oficina de compensación del país. Allí era donde llamaban todos los despachos de corredores de apuestas del país cuando el movimiento en una parte se había hecho demasiado intenso.

»Por ejemplo, si tú eras un corredor de apuestas de Dallas, naturalmente ibas a coger más apuestas en Dallas de las que querías, porque no podías tener suficiente gente apostando en otro lugar para cubrir todas las ganancias. Por lo tanto, el corredor de apuestas de Dallas podía reclamar una operación de compensación y los contables de Beckley podían coger lo suficiente de Dallas como para equilibrar su registro. Teniendo en cuenta que Beckley es nacional, puede cubrir las apuestas de Dallas contra sus adversarios aquella semana y todo vuelve a nivelarse de nuevo.

»Fuera adonde fuera, Gil era el jefe. En invierno estaba en Miami. Invitaba a veinte o treinta tipos a cenar. «¡Vamos a Joe's Stone Crab! ¡Vamos aquí! ¡Vamos allí!». Siempre iba un séquito con él, y él siempre sacaba la cartera.

»Naturalmente, yo solo trataba con Gil Beckley por teléfono. Estuvimos hablando unos cuantos años y él reconoció que yo era un muchacho prometedor, un chaval al que se le podía pedir lo que fuera. Un buen pronosticador y un jugador. Iba construyendo mi pequeña reputación. Y cuanto más hablaba con Beckley, más cuenta me daba de lo que era totalmente sorprendente: si preguntabas a Gil Beckley cuántos hombres formaban un equipo de béisbol, él tenía que consultarlo con otro. Tal como suena.

»No podía responderte. Aquello no era cuestión suya. Soy sincero, ¿Mickey Mantle? ¿Quién? Sencillamente, Beckley no lo conocía. No tenía ni puñetera idea. Aunque, después de todo, no tenía que conocerle. Era un corredor de apuestas y un hombre del juego. Él no apostaba. Solo llevaba el despacho con la mayor cuenta del país. Era asombroso.

»Pero pronto me di cuenta de que aquello no tenía importancia. Lo único que tiene que hacer el que se dedica a compensar apuestas es asegurar que mantiene las apuestas cubiertas y que recoge su diez por ciento. No tiene que ser un experto en los equipos ni siquiera estar al corriente de los partidos. Yo estaba asombrado, pero resultaba que así sucedía con la mayoría de compensadores y corredores de apuestas. Muchos de los tipos más importantes no apostaban. En Chicago teníamos a Benny El Centella. Benny era el corredor de apuestas más importante de la ciudad. Como tal, reunía millones y millones, y

como Gil Beckley, Benny no podía decir a qué jugaba Joe DiMaggio. En serio.

»Yo apostaba y conseguía buena información en la época en que mi amigo Sidney, que era un importante contable de Benny, me pidió, como favor, que llamara a su oficina cuando me enterara de algo sobre un partido, algo que pudiera afectar al resultado, como que había un arreglo o que uno de los jugadores estaba lesionado.

»Así pues, un día me enteré de una lesión de la que no se había informado y llamé a mi amigo Sidney, pero no estaba. De todos modos, hablé con Benny, el jefe en persona. Le dije a Benny lo del jugador. Me acuerdo del jugador, Bobby Avila, segunda base de Cleveland Indians. Dije: «Avila, fuera».

»Quería alertarlo para que hiciera modificaciones en su línea y no lo atropellaran todos los profesionales, los cuales, puedo asegurarlo, tenían ya la misma información que yo.

»Benny escuchó la información como si supiera de lo que le estaba hablando, pero cuando acabé me preguntó: «¿Pero no tienen otro segunda base?». Pensé: «¿Otro Bobby Avila? ¿En serio?». No podía creérmelo.

»Aquella noche encontré a Sidney y le pregunté si estaba trabajando para un loco. Me dijo que Benny no seguía los partidos, solo la cuantía. Benny era el corredor de apuestas más importante de Chicago, no porque estuviera al corriente de los jugadores y deportes, sino porque pagaba el lunes. No importaba la cantidad que te debiera pasado el fin de semana, Benny pagaba el lunes. Su contable estaría allí con un sobre y billetes nuevos y flamantes. Y si el dinero se lo debías tú, siempre te daba más tiempo. Así pues, tanto si sabía quién era Bobby Avila como si no, tenía una enorme clientela y se hacía de oro.